

ANTONIO PEREIRA (1923–)

Luis Blanco Vila

Hace unos meses coincidí con Antonio Pereira en un viaje, frío de nieve pero acogedor por la generosidad de aquellas gentes, por las tierras altas del Bierzo. Qué más quiere Antonio Pereira que recibir en su reducto, donde se siente dueño y señor de los horizontes de lluvia y de las cuencas mineras, sin olvidar las oscuras bodegas y los profundos valles profusamente verdes...

Sería largo contar las muchas peripecias espirituales que saltan al paso del viajero cuando va acompañado por Pereira y trata de profundizar un poco en el misterio insondable de la tierra y sus gentes. Largo es, además, el anecdotario que recita al conjuro de un árbol solitario o de una taberna iluminada en la noche. Antonio Pereira es uno de los grandes poetas y escritores que escribe desde la entraña de su tierra, gracias a lo cual nos ofrece siempre una visión más íntima y siempre nueva de los entresijos del espíritu de sus amables personajes. No hay malos en los cuentos o relatos que escribe; no hay demasiada tristeza en los espléndidos poemas que, además, recita con innegable maestría; su obra narrativa pertenece a esa veta fecunda y jugosa que ofrece la propia vida, sin necesidad de exotismos lejanos. Precisamente -y esta es la razón de su presencia aquí- acaba de aparecer «Picassos en el desván», una colección de cuentos breves, y el más exótico y esperpéntico al mismo tiempo, el más simple y singular es el brevísimo relato que da nombre al libro. «Picassos en el desván» suma, justamente, dieciséis líneas impresas. Toda una vida, una ilusión extraña y duradera caben en esas dieciséis líneas.

El texto

Me consta que Antonio Pereira no fuma, aunque lo ha hecho y gozosamente. Piensa que es de mal narrador acudir al recurso del cigarrillo porque, asegura, parece como si el escritor, cuando no sabe qué hacer con su personaje, lo forzara en esa dirección. Y se sorprende cuando le digo que en su último libro hay más de una docena de textos que hablan del tabaco. Evidentemente, Pereira no acude al recurso del tabaco sino que lo refleja con naturalidad, como algo que depende de la voluntad voluptuosa del personaje, sin ningún tipo de imposición foránea. Así es, en efecto.

Don Julio Bernardo, en «El sedentario», cuando saca el vino mejor que

«bonum, optimum», no dice de dónde viene aquel vino. Simplemente, «sacó unos cigarros y se habló de otra cosa».

La gallega Dalmira, en «Dalmira y los monjes», después de disfrutar, por las noches, se relaja «y fumábamos con la luz apagada», cuenta el suplantado representante de la «monástica fórmula». Nos consta, además, que lo que encendía Dalmira era un Camel, que para aquellos tiempos era vicio de lujo que los estudiantes comprábamos por unidades, dado su precio. El personaje de «Milagros y fotocopias», siempre al quite de las desgracias, poniendo alegrías donde no había más que tristezas, piensa que al escritor «los médicos le habrán prohibido fuman». El, sin embargo, «el de la fotocopidora fumaba picadura y no sé si alguna vez echaría la brasa sobre un documento importante como la echaba sobre la chaqueta o el pantalón. Dijo que se sentía a gusto con su conciencia».

El tío abuelo de Ramón, de «La espalda de Elisa», se murió «entre una calada al puro y la siguiente». Y cuando Elisa va a La Guardia, entre las cosas que trae, a lo mejor había «tabaco de contrabando». La casona de Miñorrey «olía como a incienso, y a tabaco de pipa, que hasta fumaban en pipa las mujeres». Y cuando al primo Froilán se le quema la junta de la culata del tractor, en vez de cabrearse, porque a saber si el concesionario -estos pueblos, ya se sabe- tiene la pieza, «pero este primo Froilán -escribe Antonio Pereira- sacó un pitillo y dijo que se iba a Vigo a tomar una copa».

En «El patronato», «el arcipreste se puso a liar un cigarro gordo, de los que llaman cigarros de práctico. Los prácticos del puerto de La Coruña se hacían así los cigarrillos porque la picadura se la regalaban los capitanes de los mercantes. Y, claro está, cuando don Pedro, el arcipreste, está a vueltas con la liturgia del fumado, es evidente que «se le entiende lo que piensa por la manera de tirar de la chimenea. Fumaba al desdén y echando el humo para arriba, o sea con sorna».

En «El Virimán», «la chica se había puesto a fumar y unas veces se acordaba del cenicero, otras veces no, y a saber la que puede armar un cigarro». Además, «la viajante fumaba en la cama: -Es ese cigarro de después, el más rico. Bueno, el cigarro de entremedias».

Y cuando los escritores, que van de excursión al extranjero, huelen la frontera, «los cigarros eran más nerviosos», sobre todo, por supuesto, en los que hacían el viaje por primera vez.

Y entre los derechos que la hospitalidad del alcalde de «La pirámide» ofrece, está el del tabaco. «¿Y el derecho de fumar? -dijo don Magín. Fuma, por esta vez. Lo

que quiero es que en esta casa, que es de todos, os sintáis relajados».

El autor

Algo he dicho ya de Antonio Pereira con motivo de nuestro prolongado encuentro en las vísperas del pasado invierno en el Bierzo. Es berciano, en efecto, y de la capital Villafranca, aunque tiene la vida hecha de años en Madrid. Pero en Madrid sólo está, porque viene al pie del río Burbia, que tanto ha tenido que defender a golpe de poema y de manifiesto, porque fuerzas comerciales pretendían, como en el caso de la basílica de «La protesta», trasladarlo, llevarse el cauce para que el agua golpeará fuerte y produjera electricidad.

A lo largo de una vida encauzada -como el Burbia en su natural trazado-, sedentario por vocación y viajero por oficio sobrevenido, ha ido desgranando versos -siete libros-, dejando al paso algunas novelas y un buen puñado de relatos que arrancan, a lo mejor -escribo de memoria- de aquel premio Alas de «Una ventana a la carretera». Recuerdo también «El síndrome de Estocolmo», que le valió el premio Fastenrath de la Real Academia y «Cuentos para lectores cómplices», con prólogo del recién llorado Ricardo Gullón. Entre la realidad cotidiana y la realidad sorprendente -que suele ser también cotidiana-, su prosa, siempre lírica, lo convierte en uno de los puntales de la narrativa breve en lengua castellana. Pero que no se busque en Pereira nada que tenga asomos de vulgar o pedante. El equilibrio de su estilo se nutre, fundamentalmente, de interés objetivo; sus cuentos son deliciosos y hacen las delicias de niños y mayores. Esta es la receta mágica que utiliza Antonio Pereira que, como dice la contraportada de «Picassos en el desván» -y dice bien- se encuentra en la plenitud del relato sugeridor e intento.

El comentario

Cuando un escritor domina el arte de narrar con la naturalidad y la riqueza, al mismo tiempo, de Antonio Pereira, no es extraño que olvide incluso los detalles y diga que no aparece el tabaco, por ejemplo, en sus cuentos. No es flaqueza de memoria ni, mucho menos, prurito de negar lo que él mismo acaba de calificar de recurso poco válido. Es sencillamente, que semejante «recurso» se ha incorporado, desde hace mucho, a los instrumentos significativos de descripción. Más aún, se trata de hábitos asumidos por los personajes que habitan la narración y que, por tanto, pertenecen a su comportamiento como puede suceder con la sonrisa, el miedo o su manera peculiar de mover las manos. Si el arcipreste don Pedro «fumaba al desdén y

echando el humo para arriba, o sea con sorna», es evidente que esa descripción no es un recurso del escritor sino un modo de expresión de soma o el desdén que son propios del clérigo don Pedro. Y si el primo Froilán, en vez de irritarse cuando al tractor se le quema la junta de la culata, con las serias dificultades de suministro de repuestos que hay en el pueblo gallego en que vive, saca un pitillo y dice que se va a Vigo a tomar una copa, el acto de sacar el pitillo, expresado con tal sencillez, vale por toda una descripción minuciosa del comportamiento del personaje ante la adversidad.

Está claro que el tabaco, en Antonio Pereira ni es un recurso de escritor falta de empuje ni un tópico, sino un instrumento más de narración, tan preciso y significativo como todos los que utiliza este gran escritor berciano.